

## CAPITULO V

### LA VERDAD EN LA ARCILLA

Tenemos este tesoro en vasos de barro.  
(2 *Corintios* 4:7)

Hemos visto que las cualidades del sermón pueden realizarse solamente cuando se tiene una visión global de la verdad, que es el objeto inmediato y remoto de nuestra predicación. El ministro cristiano es administrador de la Palabra de Dios. Es el vaso de barro. No va a predicarse a sí mismo. Pablo dice: "No es mi propósito saber algo, sino a Jesucristo y su crucifixión, a Jesucristo y el sentido de su cruz". (1 *Corintios* 2:1). Estas dos frases son las más plenas de sentido y las más prácticas para el predicador cristiano. Son éstas las que nos abren el camino y nos proporcionan el punto de vista más elevado para lograr la contemplación de la verdad cristiana. El sermón no puede ser otra cosa que un esfuerzo para comunicar un aspecto de esta verdad cristiana. Solamente cuando poseemos a cabalidad la verdad cristiana podemos seleccionar el aspecto de la misma que vamos a comunicar, percibir la unidad del tema y darle la estructura y el realce artísticos adecuados. Hasta tanto que esta verdad total, y el aspecto que ha de ser el objeto específico e inmediato de nuestro sermón, aparezcan con claridad en el entendimiento, no podemos proceder a bosquejar, a preparar y a desempeñar con eficacia la predicación cristiana.

La calidad, la validez y la efectividad de nuestra predicación están claramente condicionadas y determinadas por la materia de que disponemos. La materia es de tres índoles distintas: (1) de la verdad, el aspecto teológico; (2) de la predicación, el predicador, el aspecto humano. En este aspecto se incluye el predicador como parlante, sus capacidades fonológicas, físicas y mentales. (3) El tercer factor material es la lengua del parlante y de su auditorio. Estas tres materias están íntimamente relacionadas entre sí. Precisa aclarar que la condición de la concurrencia, la oportunidad u ocasión del discurso, también son factores determinantes, no solamente de la estructura del sermón, sino de la selección del tema; pero como éstos no son factores materiales o de contenido, los consideraremos en otra relación.

La verdad es el más importante de los factores materiales del sermón. Los escolásticos la definieron "*adaequatio intellectus et res*". (Correspondencia entre el intelecto y la cosa real). Para nuestro propósito esta definición es satisfactoria. Entran en esta proposición tres conceptos extremos: el intelecto, el objeto y la relación. Ratio (razón) llamamos aún a la proporción entre dos magnitudes. La verdad es la proporción (*ratio, logos*) entre el intelecto y el objeto de su reflexión. Para fines de comprendernos mejor llamaremos al intelecto el *sér subjetivo*, y al objeto de su reflexión, el *sér objetivo*. Ordinariamente el *sér subjetivo* aparece como aquella cualidad o capacidad del hombre total que le permite tener conciencia de sí mismo, como objeto para sí mismo, y del mundo que le rodea, compuesto de una multiplicidad de objetos para su contemplación y reflexión. Esta cualidad de intelección del hombre es la esencia de su

mentalidad, es su *logos*. Todo lo demás: mundo, historia, sociedad, cultura, son objetos de contemplación y relación, son seres objetivos. La verdad es, en primer lugar, la relación de carácter mental entre el sér subjetivo y el sér objetivo, la aprehensión, la captación del sér objetivo. Es esa la primera relación en la experiencia de la verdad. La verdad es, pues, desde el punto de vista terrenal, una realidad, una experiencia exclusivamente humana. Tal vez San Agustín lo entendió así cuando dijo: "In interiore homine habitat veritas", (La verdad reside en lo interior del hombre).

También dijo Agustín: "Verum est id quod est", (Balmes, *Filosofía Elemental*, Cap. I, párrafo 1) por lo cual interpretan algunos que la verdad radica en el sér objetivo. La verdad, según esta versión, es la realidad. La mentira es real, puesto que existe; luego la mentira es verdad. ¡Absurdo! "No ha de reducirse la categoría del significado (meaning) a la categoría del sér". (Cassirer, *Essay on Man*, Pág. 195). No podemos confundir epistemología y ontología. La verdad es la relación, y el término más importante de esta relación es la persona, no el objeto de su contemplación. La llamada verdad objetiva no lo es hasta que el sér subjetivo la percibe y formula, ya sea mental o verbalmente.

"La verdad es la realidad de las cosas", dice Balmes. (*Criterio*, Capítulo I, párrafo 1). No podemos aceptar esa fórmula. Sin embargo, la realidad objetiva ha de ser el constante punto de referencia, lo que nos certifica o corrige en nuestra verdad interior. La fuerza del viento en las aspas del molino, cuando quiebra la lanza y derriba caballo y caballero, obliga al intelecto a reconocer que no eran gigantes sino molinos los que desafiaban

nuestro entusiasmo ingenuo. Si se capta una relación no válida, esa relación falsa se la denomina mentira. Una alucinación, la mentira misma, son, sin duda alguna, realidades concretas. Las tales son objeto de estudio para una ciencia humana, para la psicología. La verdad acerca de esas realidades consiste en proclamarlas falsas, porque la relación que se establece entre el intelecto y la representación objetiva no es válida. Si veo unas uvas pintadas en la pared, con tanta ilusión de realidad como las famosas de Apeles, en cuanto las veo y digo que eso pintado en la pared son uvas, la relación que he captado y que formulo en palabras es verdadera, es válida. Pero si engañado por la ilusión pictórica digo que esas uvas están ahí para el consumo humano, y pretendo poseerme de ellas y comérmelas, esas relaciones que he captado y que expreso en palabras son relaciones falsas, y por tanto mi pensamiento y la formulación del mismo es mentiroso. (Cf. Platón, *El Sofista*).

Además de esa relación entre el intelecto y el objeto, que es la relación primigenia y primordial, hallo que existen dos tipos más de relaciones, también observables para el entendimiento humano, pero de índole contemplativa, no existencial. Por supuesto, como la relación entre el intelecto humano y el objeto es la normativa e indispensable, el primer móvil de todo conocimiento, todas las demás relaciones son existenciales en último análisis, y están limitadas y determinadas por esta primera relación. Sin embargo, esas percepciones no afectan esencialmente al primer término de la relación, al ser subjetivo, y en ese aspecto, no son de carácter existencial, sino científico y utilitario.

La segunda relación es de carácter interno en el



objeto mismo. Cuando digo que una molécula de agua se compone de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno esa verdad es objetiva, con absoluta independencia del intelecto que la formula y que la ha captado. Si el genio que capta esa relación y la formula no tiene sed, la relación es verdadera; si tiene sed, también lo es; si es un hombre veraz, la relación sigue siendo verdadera, y si es mentiroso, no altera ello la relación; si es un avaro, sigue verdadera la relación, y si es un pródigo, no cambia este hecho la relación verídica. La condición del hombre intelectual no altera para nada la relación objetiva de carácter interno que ha sido captada y formulada. Para Tales, el agua no era un compuesto de hidrógeno y oxígeno, sino el elemento básico de la creación. Esa relación entre el agua y el resto del universo era para Tales y sus seguidores una verdad, en cuanto era la única relación posible captada por el intelecto en aquel tiempo, pero para nosotros es ya una relación falsa. En este sentido la verdad con respecto al agua, como fué captada por Tales, era existencial, puesto que el intelecto del filósofo jónico captó aquellas relaciones que eran posibles dentro de su particular momento histórico. Verdades así circunstanciadas, son existenciales dentro de la estructura del momento histórico y social que se vive, pero no son existenciales desde el punto de vista de las condiciones de vida particulares del individuo.

La tercera relación es la relación objetiva de carácter externo, es decir, relaciones entre objetos, con entera independencia del sujeto que las capta. De este tipo de relación es un ejemplo perfecto aquella otra famosa manzana, no la de Adán, sino la de Newton. Por el hecho de que Newton no hubiera descubierto todavía la rela-

ción de gravedad, jamás se dió el caso que antes de Newton, las manzanas cayeran hacia arriba. La percepción de esta ley, por Newton, no alteró en nada la fuerza de gravedad. La relación de gravedad entre los cuerpos es una relación perfectamente objetiva y externa, enteramente independiente del intelecto que la descubre y la formula en palabras. Sin embargo, tanto las relaciones del segundo tipo, como las del tercero, son verdades cuando las experimenta y formula mentalmente el hombre; antes de eso, son realidades objetivas, pero no verdades.

Cierto que la percepción de la relación verídica no altera los objetos, pero añade órganos de percepción a la razón, al logos, a la mentalidad. Una vez percibida la relación, el ser subjetivo queda alterado para siempre. Cierto que la percepción de la relación no altera los seres objetivos, pero capacita al hombre con instrumentos de dominio para que éste pueda troquelar el mundo a imagen de su verdad, de su comprensión. Esta labor cumulativa de todos los hombres, en el curso del tiempo, esta labor histórico-social produce un nuevo mundo, el de la cultura y la civilización. El mundo nos da el árbol; la cultura nos da la silla, la mesa, la talla en el altar. El mundo nos da el metal; la cultura, los objetos de orfebrería. El mundo nos da el barro; la cultura, la mayólica. El mundo nos da la urgencia sexual, la cultura nos da la familia. La relación del ser subjetivo con los seres de la cultura es, a todas luces, la relación existencial por excelencia, la copulación perfecta del ser subjetivo y el ser objetivo. La relación verídica, en este aspecto, será la más difícil de determinar.

El ser subjetivo existe en una esfera de realidad di-

ferente del ser objetivo. El ser objetivo existe en lo ancho, en lo largo y en el espesor, es decir, en el espacio; pero no puede existir en el tiempo, porque el tiempo es la esfera propia del conocedor, del logos, de la mentalidad. El tiempo es la relación de diversos momentos de la existencia del ser objetivo, en cuanto esta sucesión de momentos es captada por el intelecto. El tiempo es un concepto, o una categoría mental. Como el ser subjetivo es el único que aprehende y capta relaciones, por tanto es el ser intelectual el único que puede tener conciencia de la relación del tiempo. La medida exclusiva y específica de Dios es la eternidad. Los seres objetivos existen solamente en el espacio; el ser intelectual existe solamente en el tiempo, sabemos que no es espacial, como no lo es la luz o el calor. Nadie puede adquirir un litro de calor, de luz o de razón. "Existir", dice Pascoaes, "es ser alcanzado por el espacio; vivir es alcanzar el tiempo". (*San Pablo*, Edit. Apolo, Barcelona, 1935, pág. 11). El ser divino existe solamente en la eternidad. Por supuesto, el ser subjetivo aprehende las relaciones de espacio, pero no existe en ellas. De análogo modo inferimos que el ser divino aprehende las relaciones tempo-espaciales, pero no existe en ellas.

En esta esfera del tiempo la mentalidad humana produce una realidad nueva, ajena de los seres objetivos, produce la cultura histórico-social. La historia y la cultura son el resultado y el proceso continuo de la mentalidad humana en acción; y especialmente de dos cualidades de esa mentalidad: la creatividad y la sociabilidad humanas. Sabemos que la facultad para aprehender las relaciones entre los objetos imparte al hombre poder para cambiarlas; si bien por la magnitud de esa empresa,

el ser humano necesita del concurso de los demás seres, y de la persistencia creadora en la corriente del tiempo. Si el producto comunicativo de la creatividad y la sociabilidad en el tiempo nos da la cultura, el hombre mismo, y su mundo, en cuanto son consecuencias de la cultura, resultan seres histórico-sociales. Del mundo objetivo viene el niño. Del mundo histórico-social viene el hombre.

En el octavo capítulo de su *Sociología*, Jorge Simmel analiza los factores que contribuyen a la conservación de la sociedad y los grupos sociales, incluyendo la Iglesia en cuanto es una institución histórica-social. Tanto los factores materiales: territorio, proliferación, etc., como los espirituales: conceptos, sucesión en el tiempo, etc., están sujetos al condicionamiento y creatividad humana. En la *Biblia*, ya sea en el *Antiguo*, ya en el *Nuevo Testamento*, el Reino de Dios no viene por esfuerzo humano, sino por la negación del esfuerzo humano, por la destrucción del mundo. (*Apocalipsis*). El Reino de los Cielos supera toda la determinación humana. El símbolo más perfecto de esta verdad es la crucifixión, seguida de la resurrección. "Vende lo que tienes... dalo... niégate... toma tu cruz... y tendrás tesoro en el cielo". (*Marcos 10:21; Mateo 16:24-25*).

Los antiguos nos dijeron: "Sobre todo tesoro, guarda y vigila tu corazón, porque de él mana la vida". (*Proverbios 4:23*). *The issues of Life*", traduce la versión del Rey Jacobo, las valoraciones, el sentido de la vida. "Como el hombre piensa en su corazón, así es él". (*Proverbios 23:7*, Versión del Rey Jacobo). Este pensamiento del corazón es la consecuencia de la mentalidad, del intelecto, mas la acumulación de verdades, elabora-



das por el hombre a lo largo de toda su historia: una mentalidad culta. Jamás podrá el hombre ver el mundo como lo vió la mente primitiva o la mente del niño. "Lo que entra por la boca", dice Jesús, "no contamina al hombre". Por la boca entra la naturaleza objetiva, sin mentalidad. "Lo que sale de la boca, esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, muertes, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias". (*Mateo* 15:11, 17-19). En la palabra vuela una mentalidad culta y existencial. La verdad liberta, la mentira esclaviza. Los intereses, las pasiones, las valorizaciones, las ambiciones equivocadas, son otras tantas relaciones falsas, errores de puntería, (literalmente, *pecado*, en hebreo y en griego) que la historia y la sociedad han ido acumulando en el intelecto humano. La verdad existencial corre siempre el riesgo de producir en nosotros la ciencia del bien y del mal, con predominio trágico del mal. Satanás es "mentiroso, y padre de la mentira"; por eso es "homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él". (*Juan* 8:44). Urge acogernos a la verdadera verdad, no la nuestra, sino la revelada en Cristo.

La verdad histórico-social no puede ser unitaria, sino múltiple. En primer lugar, verdades acerca del intelecto y sus relaciones internas y externas. En segundo lugar, verdades acerca del objeto y sus relaciones internas y externas. Y en tercer lugar, verdades acerca de la cultura. En el próximo capítulo trataremos en particular de estos momentos de la verdad.

"La conformidad de un conocimiento con la situación objetiva que enuncia", de que habla Francisco Romero, no puede ser *la verdad*, sino su criterio de compro-

bación. (*Filosofía de la Persona*, Losada, 1944, página 64). Aun este punto de referencia, que permite el ejercicio de la facultad crítica del entendimiento, no puede ser único, ya que ha de variar conforme a la esfera de realidad objetiva bajo la observación del ser subjetivo. Un enunciado con relación a la naturaleza ha de verificarse con instrumentos de medición y comprobación tan ajenos a la subjetividad como sea posible. Una formulación con respecto a la esfera de la cultura objetivada, al espíritu colectivo, ha de procurarse normas de comprobación también objetivas, pero no de la misma índole de los instrumentos usados en las ciencias naturales. No se puede medir una canción, un drama, una acción histórica como las cruzadas o el descubrimiento, conquista y colonización de América con el mismo rasero usado para justipreciar la magnitud de la órbita lunar, las profundidades del Atlántico o la velocidad y tránsito del átomo. Cuando el hombre reflexiona sobre sí mismo, sobre sus relaciones con el Creador y su creación, la norma de referencia que ajuste su criterio también habrá de responder a la índole propia de esta esfera de realidad espiritual.

Sin embargo, la Escritura insiste en hablarnos de una verdad total. En el *Cuarto Evangelio*, al prometérsenos el advenimiento del Espíritu Santo, hase prometido que: "Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, El os guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo... tomará de lo mío y os lo hará saber". (16:13, 14). El autor de la *Epístola a los Hebreos* asegura haber recibido "el conocimiento de la verdad". (*Hebreos* 10:26). El Apóstol Pablo, en su *Epístola a los Colosenses* afirma que en Cristo: "están escondidos todos los tesoros de sa-

biduría y de conocimiento". (2:3). Este es el contenido del Evangelio (1:23), que predica el Apóstol. El resto de la Epístola es una síntesis de las consecuencias de esa verdad para todos los aspectos de la vida histórico-social. Si la promesa del cristianismo para el predicador, así como para el simple cristiano, es el conocimiento de la total verdad, no puede referirse a otra cosa que a la captación de una relación, en la cual están incluidas y compendiadas todas las demás relaciones que el intelecto humano es capaz de entender. Si nosotros pudiésemos determinar cuál es esta relación suprema, tendríamos entonces una noción clara de lo que el Apóstol Pablo significa con su frase: "No me propuse saber entre vosotros algo, sino a Cristo".

Hasta ahora en la iglesia cristiana se ha concebido la verdad por cuatro modos. Dos de esos nos parecen exagerados y negativos; los otros dos nos parecen plausibles. Aceptamos que el objeto de nuestra vida cristiana es la libertad. Jesús es nuestro Redentor, nuestro Libertador. Jesús no solamente es el Cristóbal Colón, sino también el Washington, el Bolívar, y el San Martín del Reino de los Cielos. Pero esa libertad está condicionada por la verdad. "Si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres", dice el Cuarto Evangelio. (8:36). La libertad no puede violentar la razón. Dios es Espíritu y es Verdad. (*Juan* 4:23, 24). Los que pertenecen a su Reino es necesario que pertenezcan a El en espíritu y en verdad. Esta verdad tiene que ser asequible a la razón, al *logos* humano. El Apóstol declara a Dios objeto de nuestro culto razonable (*Romanos* 12:1), culto lógico. El predicador cristiano es ministro del *logos*, ministro de esa verdad, una verdad total que no reside

en las cosas, ni reside en el mundo, ni reside en el predicador, sino que reside en Dios. El teólogo Paul Tillich ha dicho: "La tarea de la teología es la mediación entre el criterio eterno de la verdad como se manifiesta en la presentación de Jesús como el Cristo y la experiencia mudable de individuos y grupos, sus interrogantes y sus categorías para la percepción de la realidad". (*The Protestant Era*, University of Chicago Press, 1948, página XIII). Esta mediación no es de sentido sacerdotal, sino en el Espíritu del *logos*. El ministro es mediador del *logos* de Dios. Es literalmente un *Theou Logos*. Cuando oímos a un ministro decir que predica el Dios de la experiencia y no el de la teología, este ministro, si no es otra cosa peor, es por lo menos un ignorante. Lo que sabemos de Dios es justamente nuestra experiencia, nuestro *logos* religioso. No hay duda, Dios es mayor que nuestra experiencia de Dios; pero lo que ignoramos acerca de Dios está fuera de nuestra experiencia y por tanto nada podemos predicar de ello. La experiencia religiosa del predicador tiene que ser por necesidad experiencia teológica. No así la experiencia religiosa de los que no son predicadores. La teología no es otra cosa que la sistematización lógica de la experiencia cristiana. Y ese es precisamente el contenido de la predicación.

La iglesia católica concibe la verdad total como un depósito. "La fe", dice Balmes, "es un depósito sagrado que nosotros no podemos alterar; la verdad es inmutable, es una; y a la voz del Vicario de Jesucristo... se unirán las voces de nuevos Atanasios, Naciancenos, Ambrosios, Jerónimos y Agustinos". (*El Protestantismo Comparado con el Catolicismo*, Edit. Araluze, Barcelona, Tomo



I, pág. 98). Antes de Trento y del Vaticano esa verdad residía en la iglesia; después, esa verdad reside en el Vicario de Dios. Esa verdad es total, fija e inalterable. Para salvaguardar un posible progreso en la exposición de esa verdad, la iglesia proclama, como dogma, la teoría de la fe implícita. Para la mente protestante, tal concepto de la verdad es un desatino, un delirio y tal vez una blasfemia.

El segundo concepto de la verdad, a nuestro juicio tan perjudicial como el primero, es el expresado con la frase *libre examen*; más propiamente dicho, el racionalismo individualista.

Si la iglesia católica tiene un Vicario de Dios, la doctrina racionalista del libre examen proclama tantos vicarios infalibles como lectores de la Biblia haya. Esta teoría, por supuesto, elimina la doctrina de dones especiales del Espíritu Santo (1 *Corintios* 12), conocida en teología luterana con el nombre de doctrina de la vocación. La predicación del Evangelio no es una vocación especial, no es un don especial del Espíritu Santo, concedido por gracia al que está llamado al desempeño de ese ministerio. Todos los miembros de la iglesia, por ignorantes que sean, son intérpretes infalibles de la Palabra Santa, y pueden ir por el mundo predicando los mayores dislates, so cubierta de ser Palabra de Dios. Para esta doctrina, la famosa pregunta de Felipe al eunuco: "¿Entiendes lo que lees?", carece de sentido. El eunuco contestó: "¿Cómo entenderé si alguno no me explicare?"; pero los creyentes en la doctrina del libre examen serían capaces de contestar a coces, de llamar a Felipe modernista, hijo de Satanás, y hasta de quemarle en la hoguera. Inspiradas en este principio, las mil y una

sectas protestantes predicán cada cual su propia palabra, a diestra y siniestra, a tiempo y a destiempo, a troche y moche, con el bienaventurado entusiasmo que les infunde la infalibilidad de su enjudioso libre examen.

Lord Acton nos recuerda, con cita de la *Historia de la Filosofía Moral*, del francés Janet, que "El verdadero principio de Lutero es el de *Servo Arbitrio*: La voluntad esclava por naturaleza. El libre examen fué para Lutero un medio y no un principio. Se sirvió de él, estuvo obligado a hacerlo para establecer su verdadero principio, el todopoderoso de la fe y de la gracia... Así fué como el libre examen vino a imponerse en el protestantismo. Lo accesorio llegó a ser lo principal, la forma devoró, más o menos, el contenido". (*Essays on Freedom and Power*, Free Press, Glencoe, Ill., pág. 92).

Las otras dos teorías, las que a nosotros nos parecen por lo menos admisibles, son: (1) la del testimonio interno del Espíritu Santo, propuesta por Calvino, y (2) la de verdad parcial y progresiva aludida por el Apóstol Pablo, principalmente en el Capítulo 13 de la *Primera Epístola a los Corintios*. Esta última, a nuestro juicio, influyó en el concepto de verdad, implícita en los escritos del Apóstol Juan.

La primera, del testimonio interno del Espíritu Santo, sostiene que la comprensión de la verdad total de Dios, como ha sido suprema y definitivamente expresada y encarnada en Jesús de Nazareth, se conoce en la medida en que el Espíritu Santo ilumine nuestra experiencia a lo largo de toda nuestra vida. El Apóstol Pablo, así como el Cuarto Evangelio, llaman a esta inspiración el *Espíritu de Verdad*. El testimonio del Espíritu Santo se refiere no sólo a la lectura de la Biblia, sino a

todas las demás experiencias de la vida. El cristiano ya no contempla la existencia al modo geométrico de Spinoza: *sub specie aeternitatis* (desde el punto de vista de la eternidad), sino *sub specie Spiritus Sancti* (desde el punto de vista del Espíritu Santo).

“Todavía queda en duda”, dice Calvino, “cuál doctrina deba ser admitida como profética y apostólica, hasta tanto que la Iglesia se meta de por medio y lo determine... La perfecta aprobación de la Escritura se toma de la persona de Dios que habla en ella... Es necesario que esta persuasión se tome mui de más alto que de razones, o de juicios, o de conjeturas humanas: conviene a saber, del secreto testimonio del Espíritu Santo... Si nosotros tenemos los ojos claros, i los sentidos enteros, luego se nos pondrá delante de nosotros la Majestad de Dios, la cual ahuyentando de nosotros toda osadía de contradecir, nos constriña a obedecer... El testimonio, que da el Espíritu Santo es mui más eszelente que toda qualquiera razón... Es menester que el mismo Espíritu que habló por la boca de los profetas, penetre dentro de nuestros corazones... No hai otro hombre ninguno sino aquel que el Espíritu Santo hubiere enseñado interiormente, que se quite de veras en la Escritura... Tal es pues la persuasión, que no demanda razones...” (*Institución Religiosa*, versión de Cipriano de Valera, Madrid, 1858, Libro I, Cap. VII, Págs. 29-31).

No olvidemos que existe la resistencia al Espíritu Santo. Esta blasfemia operó en Calvino, conduciéndole a condenar a Servet. Este es el único pecado imperdonable.

La segunda teoría es muy parecida a la anterior. Pablo dice: "En parte conocemos, mas cuando venga la totalidad, entonces conoceré al modo como Dios me conoce". (1 *Corintios* 13:9, 10 y 12). La teoría de Calvino se refiere al proceso del conocer cristiano. La visión del Apóstol Pablo se refiere a la plenitud de este conocer. El autor de la *Carta a los Hebreos* escribe: "Y esta palabra, aun una vez, declara la mudanza de las cosas movibles, como de cosas hechas, para que queden las cosas que son firmes. Así que, tomando el reino inmóvil, retengamos la gracia por la cual sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia". (12:27, 28). Nuestra verdad histórico-social pertenece al reino de las cosas movibles, solamente la verdad total, la del Espíritu Santo, es del reino inmóvil. El servicio de la predicación cristiana consiste en iluminar la verdad movable, juzgándola y enriqueciéndola en la presencia de la verdad eterna e inmóvil.

Hemos dicho que la verdad es, en primer orden, la captación, esclarecimiento y formulación de la relación entre el conocedor y el objeto de su conocimiento. El conocedor es la persona humana, el objeto de su conocimiento es el yo, en primer lugar, y el mundo en segundo lugar. Este es el orden lógico; pero el orden real, el histórico y genético es inverso: primero conocer al mundo, y luego al yo. Conocer la persona, más allá del yo, es la suprema ambición del saber humano. La persona se descubre a sí misma primero como Yo. Para cono-



cerse como realmente es, como persona, ha de recurrir al espejo, como el cuerpo para verse a sí mismo. El espejo es la cultura, las creaciones del espíritu humano, hechas a imagen de su Creador. Por esta reflexión va el hombre reconstruyendo la imagen de sí mismo. Y por análogo proceso va reconstruyendo la imagen espiritual de Dios, como se refleja en la creación de Dios. A esa reconstrucción llama *verdad*.

Pero este proceso de reflexión, captación y formulación de la imagen del espíritu está prohibido. "No te harás imagen", ordena Jehová. Porque tanto los objetos de cultura, como los objetos naturales, no sólo reflejan sino también refractan el espíritu, quebrándolo en mil fragmentos. Toda reconstrucción es imagen de caleidoscopio, fantástica y falaz. Alzar un monumento a esa verdad, temporal y fragmentaria, es levantar un ídolo en la frontera, entre nuestra verdad y la verdad de Dios, total y completa. Levantamos esas imágenes del espíritu, en la roca y en la lengua, más duradera que la roca. Cuando llega el profeta, con revelaciones de la otra verdad, los hombres no quieren, y a veces no pueden, soltar el pájaro en la mano por el que va volando. Para proseguir adelante, al blanco, al señuelo de la vocación de Dios, es necesario tener fe. El que una vez nos dió la revelación de una verdad, volverá a darnos otra. Postrarnos ante la imagen muerta de una verdad fragmentaria y temporal es idolatría. Viene Cristo, y cuando desfilan ante sus ojos los reinos de este mundo, no deja piedra sobre piedra sin destruir. No es la obra humana lo que salva, sino la gracia de Dios en la faz de Jesucristo.

Ahora bien: este conocimiento total ha sido encar-

nado en Jesús de Nazareth. El es el centro. Cuando le contemplamos en su anonadamiento y en su crucifixión (*Filipenses* 2:5-11) y nos preguntamos: ¿Por qué encarna?; ¿por qué es crucificado?; no puede haber otra contestación: "Por mi pecado; por el pecado del mundo". Donde haya hambre, opresión, injusticia, desnudez, cárcel, guerra, crimen, ignorancia, allí está Cristo crucificado por el pecado de todos los hombres y de cada hombre en particular.

*"Muere... Gemid, humanos:  
¡Todos en él pusisteis vuestras manos!"*

(Alberto Lista)

Y en esa contestación queda revelada la verdad actual acerca del sér subjetivo, del sér que conoce, y esa verdad se expresa en una sola palabra: pecado. El primer objeto de la predicación es convencer al hombre de su pecado.

Pero cuando miramos a la derecha del trono de Dios, y vemos allí a su Hijo resucitado, sereno, confiado y proclamando: "Todo poder me es dado", (*Mateo* 29:18) ya no lo comprendemos como Hijo del Hombre, y en consecuencia revelador del hombre, sino como Hijo de Dios, y por tanto revelador de Dios. Donde haya una esperanza, una ambición honrada, un alma comprensiva, un espíritu perdonador, una mano que se tienda, pródiga de amor, allí está Jesús resucitado. La verdad que se expresa por este modo maravilloso, se encierra también en una sola palabra: gracia. "Por la gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, es el don de Dios". (*Efesios* 2:8). Es el don infalible; es el don inefable. "Gracias a Dios por su don inefable", (*2 Corintios* 9:

15) prorrumpe el Apóstol, en exclamación de gratitud y alabanza por “la eminente gracia de Dios” en nosotros. Y aunque es inefable, aunque sobrepase todo *logos*, el Apóstol insiste en orar para que la profundidad y la anchura y la longura y la altura, para que la totalidad de esa gracia se haga posible para el entendimiento humano: “Y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y ser llenos de toda la plenitud de Dios”. (*Efe-sios* 3:17-19). Toda la predicación oscila entre estos dos extremos de la verdad total: de un lado, la verdad con respecto al hombre: su pecado; del otro lado, la verdad con respecto a Dios: su gracia. Estas dos verdades jamás podrían penetrar en el entendimiento humano entenebrecido por la maldad, a menos que no hubiesen encarnado en Jesús de Nazareth. Parece que no hay otro modo. El testimonio interno del Espíritu Santo se limita a hablarnos del sentido de ese Jesús, a quien una vez conocimos según la carne, pero a quien desde entonces solamente podemos conocer según el testimonio interno del Espíritu. “Habite Cristo por fe en vuestros corazones; para que arraigados y fundados en amor, podáis bien comprender con todos los santos...”

Esta es la verdad del Gólgota hacia el cielo. No olvidemos que el Gólgota es un monte fuera de la ciudad. Pero del Gólgota hacia abajo hay otra realidad. De la montaña hacia el cielo está Cristo transfigurado, de la montaña hacia la ciudad está el mancebo poseído de Satanás. (*Mateo*, capítulo 17). De la montaña hacia la ciudad está el César, están las multitudes, “como ovejas que no tienen pastor”, (*Mateo* 9:36) también están los lirios de los campos, las aves de los sembrados, que comen la semilla, las espinas que lo ahogan. A lo

largo del camino polvoriento, hay muchos pozos, "cisternas rotas que no detienen agua", (*Jeremías 2:13*) y en el brocal de estos pozos hay muchas samaritanas y samaritanos. Vienen allí día tras día en busca de agua. El sol, que seca las raíces de la semilla caída en pedregales, seca también sus cuerpos, y día tras día vuelven a tener sed. Es necesario que alcemos los ojos al monte, de donde viene nuestro socorro, porque de los montes descienden las fuentes, que van creciendo y creciendo hasta convertirse en ríos caudalosos. A su paso siembran los ríos, en veces, la feracidad de los campos, y en veces, la destrucción. En el cristal de sus aguas se revela un cielo claro, transparente o estrellado: la gloria de Dios; y otras veces se revela un cielo negro, airado, atronador, aborto de muerte y desolación. Los ríos imperturbables desembocan en la mar, y de la mar vuelven otra vez al cielo, por una escala luminosa como la de Jacob. A semejanza de esta fuente, que no parece nunca, el Hijo de Dios descendió a la tierra, corrió por la tierra como un gigante caudaloso, ascendió a los cielos, y vuelve a darnos desde allí la lluvia multicolor del Espíritu Santo, como lenguas de fuego, sobre los que le esperan. El que bebiere de esta agua, no tendrá sed jamás. Porque el agua que El nos ofrece es en cada samaritano sediento una fuente que salta para vida eterna. (*Juan 4:14*).

Cambemos la visión de María por la visión de Marta. (*Lucas 10:38-42*). ¿Qué significa la verdad total para la existencia terrena? Tal vez la famosa pregunta de Pedro, al calce del comentario de Jesús sobre el camello y el ojo de la aguja, nos ofrezca una contestación: ¿Qué, pues tendremos? (*Mateo 19-27*). El Señor contestó: "Todas estas cosas, a cien tantos, ahora en



este tiempo". (*Marcos 10:30*). Todo lo que tienen los demás, también lo tendrán los hijos de Dios, que habitan la Ciudad Terrena: padre, madre, amigos, hermanos, tierras y casas, en una palabra, todo lo que constituye el mundo, "con persecuciones". —Un maestro del *Nuevo Testamento* nos decía que lo de tener cien casas, no le preocupaba gran cosa, pero sí le preocupaba lo de tener cien esposas, y, sobre todo, lo de tener cien suegras— Este paréntesis de buen humor nos advierte que la contestación de Nuestro Señor Jesucristo, a pesar de referirse al mundo ordinario, no puede interpretarse en su sentido factual y ordinario. Cuando se le preguntó al Señor sobre, tal vez lo más corriente que haya en la existencia social, las contribuciones, ordenó traerle una moneda. He aquí otra pregunta terrífica: "¿Cuya es la imagen?" (*Mateo 22:20*). Lo importante para el cristiano que ha logrado la visión de la verdad total, en cuanto se refiere a la verdad de montaña abajo, es esta pregunta que va derechamente a la conciencia individual: ¿Cuya es la imagen? El cristiano vive una vida análoga a todos los demás hombres. En los días de Noé, dice el *Evangelio* según San Lucas: "Los hombres se casaban y eran dados en matrimonio, comían, bebían, dormían, compraban y vendían". (*Lucas 17:26*). Después de Noé, hasta donde yo puedo ver, han seguido haciendo las mismas cosas. Nuestro Señor Jesucristo hizo en su vida exactamente lo mismo que hacían las gentes del tiempo antes y después de Noé. "Vino Juan el Bautista que ni comía pan, ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. Y ahora viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores". (*Lucas*

7:33, 34). Después de Nuestro Señor Jesucristo, algunas personas creyeron que el cristiano, para diferenciarse de los que no lo eran, debía abstenerse de comer, de dormir, de casarse, de tener posesiones. Todavía en el día de hoy existen infinidad de cristianos que se reputan mejores que los demás porque ayunan y guardan vigili- as, porque no se casan, porque no son seres humanos. "En los venideros tiempos", escribe el autor de la primera *Carta a Timoteo*, "algunos... prohibirán casarse, mandar-án abstenerse de las viandas que Dios crió para que con ha- cimiento de gracias participasen de ellas los fieles, y los que han conocido la verdad". (*I Timoteo* 4:1-4). La segunda *Carta* elabora esta advertencia: (Cap. 3) "Na- die os prive de vuestro premio", dice el Apóstol a los cris- tianos de Colosas, "afectando humildad y culto a los án- geles, metiéndose en lo que no ha visto, vanamente hin- chado en el sentido de su propia carne, y no teniendo la cabeza, de la cual todo el cuerpo, alimentado y conjunto por las ligaduras y conjunturas, crece en aumento de Dios... Tales cosas tienen a la verdad cierta reputa- ción de sabiduría en culto voluntario y humildad y en duro trato del cuerpo... Si habéis resucitado con Cris- to... poned la mira en las cosas de arriba..." (*Colosen- ses* 2:18-3:2). Esta curiosa frase "*hinchado en el senti- do (noos) de su propia carne*", nos hace recordar que "el ágape de Dios no se ensancha, no es hinchado" (*I Corin- tios* 13:4). Solamente el amor de Dios, no las realida- des objetivas, ofrece el más eficaz correctivo a la per- versión de la verdad por los intereses existenciales, llama- dos en la Escritura Santa por su nombre correcto: "de- seos de error", (*Efesios* 4:22), "el sentir terreno", (*Fi- lipenses* 3:29), "el sentido de la carne".

No son los elementos de la vida lo que diferencia al cristiano de quien no lo es. Es que la totalidad de la vida cristiana está troquelada en un molde distinto; obedece a una mentalidad nueva, recién nacida. La vida del no cristiano lleva grabada sobre sí la imagen del mundo, la imagen del César, mientras que la vida del cristiano lleva grabada sobre sí la imagen de su Dueño, la imagen de su Creador. Ser cristiano significa restaurar en el fondo del alma la imagen de Dios por la que fuimos creados. Esto significa que antes de Filemón y de Onésimo ser cristianos, uno era amo y el otro era esclavo. Después de ser cristianos esta relación social de la esclavitud no se cambió. Filemón siguió siendo amo y Onésimo siguió siendo esclavo. Pero antes, la institución de la esclavitud llevaba sobre sí la imagen de César, y después la misma institución llevaba sobre sí la imagen de Dios. Como Cristo es, así somos nosotros en este mundo. (*I Juan 4:17*). Y Cristo es *doulos tou anthroponou* (Esclavo del hombre). No vino para ser servido, sino para servir. ¿Qué de particular tiene que el cristiano sea *doulos tou Theou*? (Esclavo de Dios). No se puede amar a Dios, no se puede servir a Dios en persona, porque Dios ni necesita nuestro amor, ni necesita nuestro servicio. Por tanto, Dios nos ordena que quien le ame y le quiera servir lo haga amando y sirviendo a su prójimo. Y el que hace esto, puede retener su vida corriente y ordinaria, comer, dormir y tener posesiones, pero sobre todas estas instituciones y actividades, tiene que imprimir la imagen de su Dueño. Así, una vez que hemos poseído la verdad global, todas las demás verdades particulares de la existencia quedan transfiguradas.

“Toda la historia”, ha dicho Lord Acton, “es la demostración de la verdad religiosa... La exposición completa de la verdad es el gran propósito, para la realización del cual se prolonga la existencia del hombre sobre la tierra”. (*Essays on Freedom and Power*, pág X). Pero la verdad no es un fin en sí; está ordenada a la libertad. “La libertad es el más alto ideal político”, expone este eminente historiador de la Universidad de Cambridge. “La libertad no puede ser un medio para una finalidad última de la existencia. El sentido cristiano de la vida proclama la libertad en orden a la justicia de Dios, a la acción creadora y positiva, para la vida eterna, para el amor”. “Si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres”. Cierto; porque el Hijo es Camino, y es Verdad. Tanto lo uno como lo otro es para la justicia de Dios, descubierta de fe en fe. (*Romanos* 1:17). La razón suprema de la encarnación, si el que no conoció pecado asumió carne pecadora, es “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. (*2 Corintios* 5:21). La injusticia del hombre detiene prisionera la verdad, con ella se desata en el mundo la justicia de Dios. “Si alguno enseña otra cosa, y no asiente a sanas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, y a la enseñanza para la piedad, es hinchado, nada sabe, y enloquece acerca de cuestiones y contiendas de palabras... porfías de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad”. (*1 Timoteo* 6:3-5).

¿Cuál es, pues, el objeto de la predicación? En primer lugar, el sentido de Cristo. En segundo lugar, el pecado del hombre en cuanto es revelado por el sentido de Cristo, la gracia de Dios, por el mismo modo, y desde este punto de vista todas las demás verdades de la exis-



tencia, no importa cuán humilde, cuán sublime, cuán sencilla o cuán abstrusa pueda ser cada una. ¿Habrà alguno de vosotros tan soberbio, o tan torpe que piense ser su vida suficiente para agotar el tema de la predicación?

Es natural que el predicador necesite un criterio de comprobación. ¿Cómo sabe el predicador que ha alcanzado este sistema de la verdad cristiana y que él mismo le proporciona el contenido de su mensaje? Voy a proponerle dos criterios negativos y uno positivo. El primero, el sabio de este mundo; es decir, el que conoce según la carne, no puede penetrar el misterio central de esta verdad: que el Hijo de Dios sea la propia imagen de su substancia, (*Heb.* 1:3) que en el Hijo de Dios, habitase toda la plenitud de la divinidad corporalmente. (*Colosenses* 1:19). Jesús será siempre para el sabio de este mundo escándalo y locura. Si vuestra predicación merece el aplauso y la aceptación de los sabios de este mundo, pueden ustedes estar seguros que no es predicación cristiana. Si Cristo es escándalo y locura de la predicación para el sabio de este mundo, la verdad de Dios a su vez pone bajo condenación la sabiduría humana. Estas dos cosas son irreconciliables, porque por no haber el mundo recibido en la sabiduría de Dios a Dios por sabiduría, se complace Dios en salvar a los creyentes por la tontería de la predicación. (*I Corintios* 1:21). Segundo punto, cuando el sabio y el mundo se limitan a ridiculizar la verdad cristiana, es malo; pero no es grave. En la medida en que aumente y se fortalezca la verdad cristiana, el ludibrio del mundo se transforma en persecución. Si la verdad que usted predica desespera al mun-

do hasta el punto de provocar persecución, sepa usted que Jesús le ha proclamado bienaventurado. (*Mateo* 5: 11). “La amistad del mundo es enemistad contra Dios”, (*Santiago* 4:4) y no puede amar la verdad quien se sirve de la piedad cristiana como de lucrativo negocio. (*I Timoteo* 6:5).

Este criterio, sin embargo, no es suficiente, porque también en el mundo hay “follones y malandrines” que bien merecen el ludibrio y la persecución. Si por el hecho de que un predicador sea ridiculizado, fuera por eso a reputarse su verdad como verdad cristiana, habría innumerables bribones que pasarían por formidables predicadores. Esto sucede casi siempre con los criterios negativos, válidos hasta cierto punto, deben ser a su vez comprobados por un tercer criterio positivo, y helo aquí: “Estad en mí y yo en vosotros”, dice el Señor. Así como el Padre y yo somos una cosa, sedlo también vosotros, para que el mundo crea. (*Juan* 17:21). La iglesia de gobierno congregacional, como son los Discípulos, Bautistas y Congregacionales, afirman que no tienen iglesia, sino iglesias. Esto se puede decir sola, única y exclusivamente con respecto a materias de gobierno, pero no en cuanto sea una verdad teológica. En cuanto la iglesia es independiente por su gobierno, es todavía una iglesia secular, como un club o como una municipalidad. Para que sea iglesia cristiana tiene que ser iglesia católica, universal, y eterna. La iglesia no puede estar fragmentada, ni por el espacio, ni por el tiempo, ni por intereses seculares, ni por los credos históricos, verdades móviles, fragmentos de la verdad única. Por encima de las cuestiones de gobierno, de finanzas o de credo, está un solo Señor, una sola fe, un solo Espíritu, un Dios y Padre

de todos. (*Ef.* 4:3-7). En la comunión cristiana participamos de un solo pan y de una sola copa, lo cual simboliza que la gracia de Dios y el perdón de nuestros pecados derivan de una sola fe, la que recibe aquello que el apóstol llama el *ágape de Dios*. Solamente cuando la verdad predicada contribuye a fomentar, a establecer, y a fortalecer esta comunión cristiana y esta supremacía del amor de Dios, puede reputarse como auténtica. Cualquier verdad que tienda a elevar un interés particular, humano, secular, por encima de este criterio, no importa cuán importante se juzgue, es necesariamente falsa, hereje y cismática. Tan monstruoso es un cuerpo con muchas cabezas, como una cabeza con muchos cuerpos. Hay solamente una cabeza: Cristo; hay solamente un cuerpo: su Iglesia. Toda verdad que falla en contra de esta norma positiva es falsa.

El ágape de Dios cubre multitud de pecados, pero sin falsía ni sentimentalismo. (*I Pedro* 4:8). "Cualquiera que quisiere ser amigo del pecado, se constituye en enemigo de Dios", dice Santiago apóstol; no puede este criterio irénico de la comunión en el amor de Dios, llamar bien al mal, cerrar los ojos a la perversidad, por temor de romper la unidad cristiana. No olvidemos que esa comunión se funda primero en la verdad, después en la libertad y finalmente en la justicia de Dios, cuya suprema expresión es el ágape. (*Mateo* 5:6-11). La palabra *secta* deriva de segar, cortar. A veces es necesario cortar el brazo, la pierna o el ojo, para salvar el cuerpo. (*Mateo* 5:29, 30). A veces es necesario cortar el sarmiento seco para salvar la vid. (*Juan* 15). Permitid al Señor de la vid que haga la poda. Dejad que el juicio de Dios se manifieste. La fe consiste en amar, pero fun-

dados en la verdad, en ser libres por la verdad. "Si fuéremos infieles, Dios permanece fiel, no se puede negar a sí mismo". (2 *Timoteo* 2:13). La justicia de Dios se expresa en verdad interior y en acción de amor exterior. Justicia, verdad y amor son como tres notas de un mismo acorde: la justicia de Dios, la verdad del Espíritu Santo, el amor y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. (*Efesios* 4:15).

El Cuarto Evangelio nos dice que cuando el Espíritu Santo apareciere convencerá al mundo de pecado, revelará en el corazón de quien le recibiere su naturaleza pecadora. Es el primer aspecto de la verdad total. Pero también mostrará el camino de la justicia, la acción restauradora de la gracia de Dios. Es el segundo aspecto de la verdad total. Y en tercer lugar, ha de revelarnos la condenación del mundo. "El príncipe de este mundo es juzgado". (*Juan* 16:1-15). En estas tres revelaciones del Espíritu Santo se compendia la verdad, toda la verdad; la verdad acerca del hombre, la verdad acerca de Dios, y la verdad acerca del mundo. La verdad acerca del individuo, que es pecador; la verdad acerca del mundo, de la historia, de la sociedad, que está bajo condenación, que está bajo el juicio de Dios, que es fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

La gracia de Dios corresponde al pecado del hombre, como el perfume al olfato, el alimento a la necesidad de nutrición, la luz a la pupila, la mano derecha a la izquierda: es una correspondencia de contradicciones. La primera experiencia típicamente humana es la contradicción del mal y el bien, es esa la ciencia del hombre. Su visión de la verdad, también oscila entre los dos polos de esa contradicción. La gracia de Dios es infinita si pre-



tendemos medirla por el pecado del hombre; también la verdad de Dios, si la medimos por el canon de la experiencia humana. "Si nuestro corazón no nos reprende, mayor es Dios que nuestro corazón". (*I Juan* 3:20). "Si alguno cree saber algo aún no sabe nada como debe saberse". (*I Corintios* 8:2). No ver el juicio de Dios, condenando siempre tanto nuestro bien, como nuestro mal, es no comprender el carácter dialéctico y paradójico de la verdad cristiana: "Dios es el que justifica". ¿Quién es el que condenará? Dios también. Por eso su Hijo intercede por nosotros a su diestra. (*Romanos* 8: 33, 34).

"La situación de duda, aún de duda con respecto a Dios, no tiene que ser causa para separarnos de Dios", dice Paul Tillich. "Hay fe en cada duda seria, la fe en la verdad como tal, aún si la única verdad que podemos expresar es nuestra falta de verdad. Pero si ésta es una experiencia profunda, que alcance el sentido último de esta realidad, Dios está presente; y el que así duda está 'justificado' en su modo de pensar".—*The Protestant Era*, pág. XIV.

Nuestra verdad es, en su último análisis, la percepción profunda de esta paradoja, la correspondencia entre el pecado humano y la gracia divina, entre la verdad de nuestra experiencia, parcial, limitada, pecadora, y la verdad incógnita de Dios, recibida por fe al aceptar la manifestación de su Hijo Jesucristo. "La experiencia humana de Dios de Dios ha de tratarse con sentido crítico", dice Wheeler Robinson, "para que podamos discernir lo divino dentro de lo humano". (*The Christian*

*Experience of the Holy Spirit*, Harper, N. Y., 1928, pág. 155). Esta es la verdad profética, la verdad de la predicación.

Todas las demás verdades encontrarán su pleno significado solamente dentro de este esquema. Este es el contenido de la predicación cristiana. Este es el tesoro de la revelación de Dios, en su Hijo Jesucristo, por su Espíritu Santo. El predicador es el vaso de barro; en su flaqueza se manifiesta el poder de Dios (2 *Corintios* 12:8), para salvación de todo aquel que cree. (*Romanos* 1:19). Esta es la gloria del ministerio de la predicación, y el peso de su yugo.